fraudásteis del fruto de su trabajo. Estos gritos han penetrado hasta los oidos del Altísimo. Habeis pasado los dias en festines, y alimentado en la lujuria vuestro corazon, para el dia en que seréis inmolados (1). Este anatema terrible ha sido fulminado por el Espíritu Santo, en boca de un apóstol.

Pero, ¿no debe alarmarse la política al ver un tal despego, que parece debe sofocar la industria y las artes, acabar con todas las fortunas, obstruir los veneros de riqueza, así de los particulares como del Estado, y paralizar la sociedad toda, causando en ella un fatal estupor é inercia? Todo al contrario: la sabia política bendecirá al Dios de los cristianos que, proscribiendo la codicia, corta de raiz las injusticias, las violencias, los fraudes y casi todos los crímenes que minan la sociedad: que condenando el amor desordenado á los bienes de la tierra, al propio tiempo que impone la obligacion de administrar prudentemente los que poseemos, provee á la vez al bien particular y general, sin disminuir en nada las riquezas del Estado. De suerte que el discípulo de Jesucristo, no obrando por el impulso ciego de la codicia, sino por amor á su deber, semejante á un administrador fiel, solo se valdrá de medios lícitos y honestos para adquirir y para conservar. Tendrá menos inquietud y mas

1 Jac. 5, 1, 2, 3, 4, 5,

economía, mas aplicacion, mas órden en su administracion: cortará las superfluidades del lujo y de la sensualidad: reducirá las necesidades de su estado á los límites de la frugalidad y de la modestia: no espondrá su fortuna, ni la de los demas, por la ambicion de acrecentarla, asegurando de este modo mucho mas sus haberes. En una palabra, poseyendo sin aficion bienes de la tierra, usará de ellos con templanza, y soportará su pérdida sin flaqueza.

ARTÍCULO III.

Humildad de corazon.

Advertir al sabio que ni los placeres ni las riquezas pueden hacer la dicha del hombre, es repetirle lo que ya tiene conocido; pero decirle que nada posee propio, y por consiguiente, que su gloria solo puede hallarla en los dones que ha recibido de Dios, es hablarle un lenguaje desconocido. Sí, condescenderá desde luego en darle gracias por las riquezas y por los honores; pero no consentirá en deber á otro que á sí mismo sus propias virtudes; y se negará á dar gloria á Dios por los dones con que recibió la escelencia de su sér: esto es, rehusará prestar el homenaje mas debido, y de que tan celoso se muestra el Criador. ¿Qué hará entonces el Todopoderoso para castigar esta felonía? ¿Qué? Levantará sin duda su mano, y aban-

donado á sí mismo este sabio, se conceptuará grande por la hinchazon de su orgullo y loca vanidad; pero bien luego sabrá, por una funesta esperiencia, que la hinchazon del corazon no es la grandeza del hombre. Pretenderá dominar en medio de la prosperidad; pero hecho juguete de la fortuna, se sumerjirá cuando menos piense en las desgracias, porque en ninguna parte hallará reposo. Atormentado siempre con el deseo de engrandecerse, no perdonará bajezas ni humillaciones para conseguirlo: será esclavo de su capricho, corriendo sin cesar en pos de la sombra fugaz del renombre: será tambien esclavo de los demas hombres que, engañado, creia tener á sus piés; y ocupado enteramente de los proyectos de su orgullo y de su frívola vanidad, le será preciso ostentar apariencias vanas, por vergüenza de que se conozca lo que es. Será, pues, su orgullo, una verdadera debilidad, será bajeza, será hipocresía, será pusilanimidad. En vano llamará en su apoyo los sentimientos del honor; de ese honor que se reviste de todas las formas, que se invoca sin cesar, sin que se le haya definido hasta ahora; de ese honor que se hace fiero y altanero para repeler un insulto; que es terco é injusto por evitar una humillacion; que se arroja á mil iniquidades por sostener una mala accion; y que, no atendiendo á otra regla que á sí mismo, obliga á cometer los mayores crímenes, cuando así lo reclama la propia reputacion. ¡Ah! ¿En qué ha de parar este honor siempre que esté en lucha con el respeto humano, ó esponga lo que se llama propia gloria? Entonces esta grande virtud de aparato que tanto ruido metia, y que aparentaba desafiar á todos los peligros, destrozada por la tempestad y hecha el juguete de los vientos, acabará por estrellarse contra un grano de arena.

Para ser verdaderamente grande, es preciso que convencido el hombre de su insuficiencia y debilidad, vaya á buscar en los poderosos motivos de la fé la fuerza que no hallará dentro de sí mismo. Jesucristo, para engrandecer al hombre, principia humillándole: le enseña que el pecado original ha impreso tal deformidad en su sér, que le hace inferior á la misma nada; pues el Criador que le sacó con una sola palabra del cáos de la nada, ha derramado toda su sangre para sacarlo de la injusticia; y aun así, regenerado como está, su conciencia le hace conocer que todavía *el pecado habita dentro de él;* que está espuesto á perecer á cada instante, si no es asistido de la gracia; y que cuanto mas levantado se encuentre, tanto mas funesta puede ser su caida.

Humillado así el cristiano á los piés de Jesucristo, será contenido, afable, modesto: tal vez pase desapercibido en el tumulto de la sociedad, porque

se presentará sin pretensiones: quizá su silencio, hijo de la modestia, dé ocasion á que le dominen los hombres soberbios, que creen sojuzgarlo todo con el estrépito que los rodea. Buscará el último lugar, cediendo los primeros puestos para los que quieran ocuparlos; y el cálculo del hombre confundirá su moderacion con la pusilanimidad; la sencillez de su virtud, con la estupidez de su ignorancia; las condescendencias de la humildad, con la servidumbre de la política; y el desprecio de los honores y riquezas, con la insensibilidad y la apatía. Pero ¿qué importa? El cristiano verdaderamente humilde que nada espera ni del mundo, ni de sus propias fuerzas, colocando toda su confianza en la asistencia del Todopoderoso, consigue así ser grande en realidad. Si se muestra insensible á cuanto lisonjea la vanidad de los hombres, es porque remontado su espíritu á una esfera mucho mas elevada, no pueden interesarle las llamadas grandezas de la tierra. En aquel grado de elevacion á que la humildad le levanta, está sobre cuanto abate al hombre; sobre todo lo que domina al corazon humano; sobre lo que turba la paz del alma, la despedaza, la avasalla, la degrada; sobre las prosperidades que no satisfacen sus deseos; sobre las adversidades que en nada pueden disminuir la felicidad que espera: entonces es cuando el cristiano hace á Dios el mas generoso de todos

los sacrificios: el sacrificio que todo lo dá á Dios, y nada se reserva: el sacrificio que ataca al amor propio hasta en su último retiro: el último sacrificio que queda por hacer, cuando ya están los demas consumados: el sacrificio que no pudo conocer toda la sabiduría humana, que no podria jamas hacer, y cuyo precio estaba reservado á Jesucristo mostrarnos, dándonos el mas singular ejemplo: esto es, el sacrificio de sí mismo, el de la propia gloria. Y sin embargo, cuando se trate de los intereses de Dios ó de su religion, de la justicia, del bien de la patria, de la felicidad de los ciudadanos, entonces se verá á este cristiano humilde, que parecia insensible á todo, se le verá desplegar una grande alma, la mayor energía; porque animado con la presencia de Dios, será fuerte con el poder mismo de Dios, sin que la vanidad le arredre, ni le acobarde el desprecio, ni le dominen los caprichos. Como no pretende la estimacion de los hombres, no buscará ocasiones, ni tendrá necesidad tampoco de parecer lo que es para hacerse respetar; y hasta el malo, que desearia cubrirlo de vergüenza, se verá él mismo confundido en su presencia, por el ascendiente que la justicia y la virtud ejercen siempre sobre el corazon humano, cuando se presentan con aquella dignidad que les es propia, haciendo resaltar el sello que imprimen los desórdenes en la frente del criminal para su

confusion y oprobio. Cuanto el cristiano confia menos en sus propias fuerzas, tanto mas fuerte será por la mayor confianza que pondrá en aquel que todo lo puede: siempre obedecerá la voz de sus mandatos, sin que le retraigan las humillaciones, ni los obstáculos le contengan: *plantará, regará*, y dejará el cuidado *de dar el incremento* á aquel que lo envía: no se envanecerá en la prosperidad; pero tampoco le abatirán las desgracias. Todo está bien para el siervo cuando ha cumplido la voluntad de su Señor.

Está cierto de que será recompensado, no segun lo que haya recojido, sino segun lo que haya sembrado [1]. San Pablo, que se tenia por indigno del nombre de apóstol [2], obró muchos milagros en el curso de sus trabajos apostólicos; y del convencimiento de su propia debilidad sacaba su mayor poder [3]. Confiesa que él es nada [4], y siente al propio tiempo que todo lo puede en aquel que lo fortalece [5]; y no teme asegurar con humilde, pero animosa confianza, que "ni la vida, "ni la muerte, ni los principados, ni las potesta-

1 1 Cor. 3, 8.
2 Ib. 15, 9.
3 2 Cor 12, 9.
4 Ib. 12, 11.
5 Phil. 4, 13.

"des, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las "violencias, ni nada de cuanto hay mas alto ó "mas bajo, ni alguna otra criatura, podrá jamas "separarle del amor de Dios en Jesucristo [1]." "Yo he recibido, dice, en cinco diferentes veces, "treinta y nueve azotes: tres veces he sido apa "leado: he sido apedreado una vez: he naufraga- "do por tres veces: he estado un dia y una noche "en lo profundo del mar. He viajado continua- "mente con peligros en los rios, peligros de la- "drones, peligros por parte de los gentiles, peli- "gros en la ciudad, peligros en los desiertos, pe- "ligros en la mar, peligros de los falsos herma- "nos. He sufrido toda clase de trabajos, de fa- "tigas, muchas vigilias, hambre y sed: muchos "ayunos, frio y desnudez [2]." Y San Pablo, destituido así de todo, renunciándolo todo, luchando contra tantos obstáculos, y persuadido de que por sí *él nada era* (3), de todo triunfó para hacer adorar á un Dios humillado. ¡Que se nos citen sabios semejantes fuera del cristianismo! Así es que bastaron doce sabios de esta misma escuela, de orígen oscuro, segun el mundo, pero humildes profundamente, y que hablaban y obraban como San Pablo, en nombre de Jesucristo, para llevar

1 Rom. 8, 38, 39.
2 2 Cor. 11, 24, ect.
3 Ib. 12, 11.

á los cuatro ángulos del mundo esta religion santa, que hace mas de diez y ocho siglos que alumbraba el universo; y la misma virtud que tan grandes prodigios obró, los causasá siempre semejantes, reinando en el corazon del hombre; porque la gracia de Jesucristo jamas perderá nada de su eficacia y poder.

ARTICULO IV.

De la perfeccion evangélica, y de las órdenes religiosas qne la deben su origen.

Dejamos observado que hay en nosotros como dos hombres diferentes, cuyas voluntades están siempre en oposicion [1]: el hombre de carne y sangre, hijo de Adan entregado enteramente á las pasiones, que no ve ni juzga, ni obra mas que por ellas; y el hombre del espíritu y de la fé, que vino Jesucristo á crear dentro de nosotros, cuya patria es el cielo, y cuyas miras todas son tambien celestiales [2]. De donde se sigue, que los sabios que vienen segun el espíritu del primer hombre, no pueden vencer las pasiones sino con otras pasiones contrarias: el amor á los placeres cederá al amor de las riquezas: éste al amor de la gloria: la avaricia enfrenará el lujo: la vanidad á la avaricia;

1 1 Rom. 7, 15, etc,
2 1 Cor. 15, 47, etc.

y el orgullo rerá el regulador esclusivo de todas ellas; pues como el hombre carnal no conoce mas bienes que los de este mundo, es para él, no solo impracticable, sino hasta inconcebible la abnegacion á todas las pasiones [1]. Por el contrario, reduciendo Jesucristo toda su moral á hacer morir en nosotros al hombre sensual por la mortificacion de los sentidos; al hombre ambicioso, por la pobreza de espíttitu; al hombre soberbio, por la humildad de corazon; para formar en nosotros el hombre nuevo, el hombre animado de un nuevo espíritu, de una nueva vida, hace guerra á la vez á todas laspasiones atacándolas en el gérmen fatal de donde se derivan. Y como es difícil poseer bienes de la tierra sin pegarse á ellos, usar con moderacion de los placeres, gozar con prudencia los honores, y librarse de las tentaciones del mundo, en medio del mundo mismo; como el uso de las cosas sensibles naturalmente inpresionan el corazon humano de modo que le apegan á la tierra, le apartan de su verdadero fin, y poco á poco van disminuyendo la aficion á las cosas santas; Jesucristo para prevenir estos imconvenientes, nos aconsejó tambien la renuncia absoluta de todos los bienes' de todos los placeres, y de todos los honores del mundo.

1 Ib. 2, 14.